



LA TORMENTA

Claudia Arzate Domínguez*

Los días de abril son muy secos. En este mes el viento sopla furioso. Recostado en la tierra, miro el cielo cubierto de nubes cargadas de resentimiento. Parece que presagian una tormenta. Empieza a anochecer.

Mi abuelo me decía que nunca perdiera las esperanzas de una vida mejor, pues si él no logró tener todo lo que alguna vez soñó, yo sí lo obtendría. Todas las noches recuerdo aquellas palabras. Me acuesto en la cama pensando en las ilusiones del viejo. Soy el futuro prometedor de mi madre.

Intento dormir pero afuera hay miles de ruidos que impiden que logre conciliar el sueño. Escucho la fuerza del viento que corre como una fiera iracunda que quiere devorar a su presa. Abre las fauces y en vez de arrojar fuego, emana una marejada de polvo sobre los tejados.

Son las cinco y media de la mañana. Estuve dormitando, aún tengo sueño y no quiero levantarme de la cama. Parece que el ruido cesó. Pero los perros aúllan lastimeramente sin parar. Mi perro, *el palomo*, también aúlla. De un momento a otro, el viento vuelve a descender furioso y se deja azotar como un loco contra el tejado y las paredes. Las láminas crujen. La puerta vieja, carcomida por la polilla, rechina. El viento transita por todo el

cuarto, como buscando algo, como un ladrón que quiere llevarse algo de valor. Pero aquí no hay dinero, sólo tierra y cenizas. Los cirios del altar se han apagado. El ruido me ha robado la tranquilidad del sueño.

Han pasado siete horas. Estoy en el semiárido campo jugando con mi papalote. El ojo de fuego está en el punto más alto, gobernando mis fuerzas. Quema demasiado la piel, parece que quiere succionar los líquidos de mi cuerpo. Las vacas tienen sed, las gallinas parecen flaquear, los pájaros cantan en tono de agonía. Tengo mucha sed.

A lo lejos, los cerros lucen desdibujados por las polvaredas; el panorama asemeja el trazo al carbón de un aprendiz de paisajista.

El viento siniestro sigue en marcha. Parece una tormenta. Viene hacia acá. En el campo se forma un pequeño remolino, después crece, corre, se alborota, toma fuerza. Crea figuras extrañas, volutas, torbellinos de polvo. Los vecinos corren a refugiarse en sus casas.

En el cielo gris flotan trozos de papalotes, pedazos de papel. Yo corro a meter mis animales al corral. El viento me impide respirar, me quiere arrancar los cabellos. Corro, lucho contra él. Me meto a mi casa, temeroso del ruido. Estoy solo. Pues muy de madrugada, mamá se fue al mercado del pueblo vecino a vender las pocas

frutas que los árboles dieron este año. Sólo me queda rezar. El viento se enfurece más y más como miles de soldados a caballo que avanzan hacia las huestes enemigas. Se escucha el ruido de cosas que arrastra a su paso. Los animales gimen y yo los acompaño con mi llanto. Mis lágrimas corren y abren surcos de polvo en mi rostro. Comienza a oscurecer.

Las láminas del techo de mi casa se desprenden una a una, hasta que ya no queda nada que me proteja. Veo pasar una parvada que huye despavorida. La puerta de madera se arranca de los goznes. Me abrazo fuertemente de una columna. Cerca de ahí, empieza a formarse un cono de polvo, un embudo que arrasa con todo. En él oscilan y ascienden papeles, cartones, hojas secas, ramas, zacate, láminas, ladrillos, tejas, vidrios, hasta las vacas, las gallinas, los perros y todo lo que encuentra a su paso. *El palomo* por fin está volando. Lloro, lloro mucho. El instante se volvió eterno. El remolino de un soplo se devoró hasta el tiempo. El gigante furibundo por fin nos ha aplastado.

Ya todo acabó. Miro cómo los árboles enseñan sus raíces. Todo está destruido. La comunidad parece desierta como barrida por el remolino. El polvo ha dejado más polvo.

Ahora, aquí en el cementerio, veo la tumba del abuelo cubierta por una espesa capa de polvo que intentó borrar por completo su nombre.

